

estacion fria, escoltados las mas de las veces por unos soldados impios é insolentes, siendo en algunos puntos blanco de insultos y malos tratamientos, teniendo que pasar cada noche en nuevas prisiones... No nos faltó ocasion de participar de las humillaciones y padecimientos de nuestro divino Maestro. Mas tambien cuán gratos fueron los consuelos con que el Señor tuvo á bien dulcificar nuestros males y aliviar el peso de nuestras cadenas! No hablo de los dulces efectos de la gracia que sostiene, alienta y llena de unción á las almas que padecen: Dios en su inmensa bondad nos los hizo probar; tampoco hablo de los motivos esteriore de consuelo que encontramos en el afecto de los fieles á la Religion y en su caridad para con los confesores de la fé.

»Casi en todas partes nos dió el buen pueblo de los campos pruebas de su compasion religiosa, manifestándonos sus buenos deseos, colmándonos de bendiciones, y hasta ofreciéndonos socorros. Si acaso en las grandes poblaciones algunos hombres estraviados insultaron nuestra situacion, otros en mayor número, incluyendo entre ellos hasta funcionarios públicos, se nos mostraron al parecer dispuestos á honrarla. No faltaron fieles que vinieron á visitarnos á los calabozos, trayéndonos socorros y haciéndonos objeto de su religiosa abnegacion. Sus visitas se prolongaban cuanto era posible: hablaban con nosotros de los intereses de la Religion, referian el número de los mártires que habian visto coronar, celebraban la multitud de confesores de la fé que habian resistido á la violenta tempestad de la persecucion, las conversiones que habian conseguido hacer, y por último nos daban cuenta del número y situacion de los ministros que les quedaban y del estado general de la Religion en su pais. Regocijámos en el Señor, hermanos míos: el resultado de estos informes era infinitamente consolador. Aquellos fervorosos cristianos procuraban, en seguida infundirnos aliento, lisonjeándonos con la esperan-

za de que en breve regresaríamos á nuestras iglesias: decíannos que la Providencia nos hacia recorrer la Francia para gloria de la Religion, para despertar y alentar la fé, para recordar á los fieles lo que deben á Dios, y á los impios su impotencia sobre el alma de los justos: nos manifestaban una veneracion que nos humillaba, y muchas veces se arrojaban pidiendo nuestra bendicion. Alabado seas, Dios mio, por la fé y la caridad de aquellos verdaderos cristianos, que en una época de perversion y de escándalo nos representaban tan al vivo los cristianos de la primitiva Iglesia!

»Al fin despues de cinco semanas, incluidos los dias de descanso, llegamos á Rochefort.

»Esta ciudad, situada á dos leguas del Océano, es poco mercantil y de escasa poblacion. El aire que en ella se respira es poco saludable á causa de los pantanos que la rodean, y particularmente en los meses de agosto y setiembre se ve acosada de unas fiebres obstinadas y peligrosas. Aqui fué donde en 1794 sufrieron muchos sacerdotes un largo y cruel martirio. Hallábanse en número de novecientos en dos buques en la rada del puerto. Las dos terceras partes perecieron en ellos de un modo lento; los restantes fueron desembarcados algunos meses despues de la caída de Robespierre; pero su sangre estaba ya infectada y murieron casi todos de allí á poco tiempo. A nosotros no nos embarcaron, sino que fuimos repartidos en las cárceles y en el antiguo hospital de la Caridad en número de ciento noventa sacerdotes, y muchos seglares de ambos sexos que tambien estaban condenados á la deportacion á las islas. Yo me hallé en el hospital con mis compañeros de viaje y otros sacerdotes; estamos bastante bien alimentados y tratados con humanidad. Además, así en este punto, como en los principales lugares del camino por donde hemos transitado, hay personas piadosas que nos proporcionan todos

los consuelos que pueden. Sus recursos son ya pocos en razon de la multitud de necesidades á que han tenido que proveer en una ciudad en que desde el principio de la revolucion nunca ha faltado un considerable número de presos; pero su caridad, favorecida con la bendicion del cielo, siempre encuentra algun medio para socorrer á los presos mas necesitados.

»No tenemos el consuelo de celebrar el santo sacrificio ni de participar de la Santa Eucaristía. Para suplirlo, en cuanto nos es posible, nos reunimos todas las mañanas; uno de nosotros reza en alta voz las oraciones ordinarias de la misa, y todos los demas unimos nuestra intencion á la del Soberano Pontífice, á la de los obispos y sacerdotes que celebran el santo sacrificio en toda la cristiandad.— Hacemos una larga pausa en el *Memento* de vivos para esponer á Dios juntamente con las necesidades generales de la Iglesia, las particulares de nuestras diócesis y parroquias. En este momento es principalmente, queridos hermanos míos, cuando mi corazon se enternece por vosotros, presentándoos todos á mi imaginacion familia por familia, persona por persona, os abrazo á todos en el seno de la caridad, os presento al Señor y me ofrezco con la Hostia Santa, víctima por vosotros.

»Muchos sacerdotes han tenido la fortuna de traer aqui su Breviario; nuestro mas dulce consuelo es rezar el oficio divino é implorar en comun la misericordia de Dios sobre la Iglesia. El resto del dia lo pasamos en meditaciones, lecturas piadosas y conversaciones espirituales, y alentándonos mutuamente á soportar las angustias presentes esperando animosamente el porvenir.

»Aún ignoramos cuál será nuestro último destino. ¿Nos trasportarán á unas islas salvages? ¿Pereceremos en el mar? ¿Concluirémos nuestros dias en las prisiones, ó nos darán libertad para ser devueltos á la Iglesia?... Solo Dios lo sabe, él lo ha arreglado en la sa-

biduria de sus consejos: cualesquiera que sean sus decretos, nosotros los adoramos, los bendecimos y esperamos con resignacion y hasta con alegría su cumplimiento. La vida no durará mas que algunos momentos; pero la eternidad no tiene fin. ¡Qué breves son los padecimientos cuando se tiene la dicha de sufrir y morir por la causa de Dios! ¡Qué dulzuras y encantos ofrece hasta la muerte mas espantosa para la naturaleza! ¿Puede haber nunca mayor seguridad de ser glorificado con Jesucristo que sufriendo y muriendo por su causa?

Como Rochefort no bastaba para recibir todos los sacerdotes que iban viniendo de todos los puntos de Francia, colocaron un gran número de ellos en la ciudadela de la isla de Rhé (1). En 2 de agosto sacaron de ella veinte y cinco sacerdotes, que con otros tantos presidiarios se embarcaron en la corbeta la *Valiente*. Todos fueron amontonados en la parte mas estrecha de la cala, y se celebró sin duda la idea de confundir de este modo los ministros de Jesucristo con los criminales. Mas habiendo sido apresada de allí á pocos dias la corbeta por los ingleses, los veinte y cinco sacerdotes fueron puestos en libertad, pasaron á Inglaterra, se les trató con toda consideracion, y regresaron á Francia despues de la caída del Directorio.

La pérdida de la *Valiente* fué causa de que se renunciase al proyecto de enviar los deportados á Cayena. Amontonáronlos en lo sucesivo en la isla de Rhé. En 7 de agosto de 1798 habia ciento cuarenta y tres, y posteriormente llegaron á mil doscientos. La ciudadela no tenia capacidad para todos, por lo cual les hacian habitar hasta en los graneros: el alimento que se les daba era de la peor calidad, y carne no se les suministraba mas que una vez cada diez dias, y para eso procuraban escojer el viernes. Entre ellos se encontra-

(1) Cuadro de la Francia en tiempo del Directorio, p. xxvii-xxx.

ban algunas personas legas; pero la mayor parte eran párrocos, canónigos, vicarios generales y frailes. El obispo de Saint-Papoul, Mr. de Maillé, estuvo también algún tiempo entre ellos; pero luego consiguió su libertad.

Por ser pequeña para el número de deportados la ciudadela de la isla de Rhé, se eligió para suplirla la isla de Oleron, y trasladaron á ella ciento veinte y siete deportados, de los cuales solamente cuatro eran seglares y todos los demás curas y religiosos, la mayor parte de los Países-Bajos.

En este país, en que las leyes revolucionarias se hallaban en vigor, donde las cruces y demás signos de Religión eran destruidos, y se prohibía la observancia de los domingos, en este país, sometido como la Francia á las visitas nocturnas, á las medidas inquisitoriales y á las órdenes de arresto, pasaba el terror su nivel sobre todas las instituciones eclesiásticas. Habíendose prescrito un nuevo juramento de odio á la monarquía, el decreto de 9 de marzo de 1796 que condenaba á deportación á los funcionarios públicos que se negasen á prestarlo, causó grande consternación en Bélgica: reuniéronse con este motivo los principales individuos del clero de Lovaina, Bruselas y Amberes, y determinaron no prestar el juramento: enviaron un jurisperito á París para abogar por la causa del clero belga, pero el Directorio no hizo caso alguno de sus representaciones. En 4 de agosto de 1796 todos los bienes del clero fueron devueltos al gobierno, y en 18 de setiembre se publicó un decreto mandando cerrar todos los monasterios de los nueve departamentos reunidos. Una ley de 6 de mayo de 1797, relativa á las pensiones de los religiosos y religiosas de Bélgica, fué también un manantial de inquietudes y vejaciones. Mas todo se empeoró aun mucho mas despues del 18 fructidor, y el clero de los Países-Bajos se convirtió en objeto especial de la atención de los perseguidores. Habíendose negado el cardenal de Frankenberg,

arzobispo de Malinas, prestar el juramento de odio á la monarquía, fué arrebatado en 24 de octubre 1797 y deportado al otro lado de Rhin. De allí á cuatro dias un decreto del parlamento de la Dyle, estinguió la universidad de Lovaina, escuela tan antigua, célebre y apreciada en todo el país: los profesores y los discípulos fueron despedidos, y sus bienes fueron secuestrados. El abate Havelange, último rector, fué conducido á París, y luego deportado á Cayena, donde murió el 6 de setiembre de 1798. Igual destino cupo á fuerza de maltrato y de miseria, á otros muchos individuos de la universidad, á curas y á religiosos.

Así llevaba adelante el Directorio el plan de estinguir la Religión esterminando sus ministros. Continuamente espedia nuevas órdenes para que se hicieran nuevas pesquisas. Escitaba el celo de las autoridades locales, con recomendaciones apremiantes y reiteradas; y armado siempre para la crueldad, no hablaba sino de condenaciones: en una palabra, el terror volvía á dominar, sino con el aparato de los suplicios, por lo menos con procedimientos que no por ser mas lentos, dejaban de ser menos bárbaros. Las personas que guardaban el domingo, quedaban espuestas á la persecución; obligábase á todo el mundo á trabajar en los dias consagrados por la Religión, y celebraban los *décadas* con ceremonias tan enojosas como absurdas (1). Solo en estos dias era permitido el descanso. Un gobierno receloso é inquisitorial no descuidaba medio alguno de quitar al pueblo sus costumbres religiosas. ¿Quién creería que se prohibió vender pescado los viernes en los mercados? Tales eran las graves ocupaciones y el refinamiento de minuciosas vejaciones del Directorio.

Al mismo tiempo alentaba á los escritores para que combatieran la Religión, y manda-

(1) Mem. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII, t. 3, p. 312.

ba publicar catecismos de moral, en que el nombre de Dios estaba borrado, se decía que no se debía robar por solo el motivo de que se puede ser también á su vez robado. A una moral pura y sencilla, se empeñaban en sustituir abstracciones imposibles de entender, teorías desnudas de sentido y frios análisis: tal fué el estado de Francia desde fines de 1797.

Mientras que el clero ortodoxo sufría en Francia una proscripción general y gemía en las cárceles, en ignominiosos asilos, ó en el destierro; mientras que los sacerdotes fieles, para burlar la policía de la impiedad tenían que emplear estratagemas y ardidés de todo género, tan nobles como el sentimiento que las inspiraba, los constitucionales, únicos sobre quienes no pesaban las persecuciones del Directorio, se mantenían en sus puestos, creaban obispos, y procuraban consolidarse interior y exteriormente.

Los obstáculos con que tropezó la ambición del abate Clement, no la habían contenido. Habiendo sido convocados de nuevo los sacerdotes y los fieles adheridos al cisma, triunfó el candidato octogenario en febrero de 1797, y fué consagrado en 12 de marzo. Si ridículos habían sido los resortes que este anciano había puesto en juego para llegar al episcopado, no dió menos que reír al público con su gozo infantil por ser obispo, por la precipitación en hacer alarde de sus insignias y por las baladronadas de su celo (1). Ya quería en virtud de la solidaridad del episcopado, como él decía, nombrar para los obispados vacantes en las inmediaciones del suyo; ya escribía en favor del proyecto de un sacramentario francés, y ponía en práctica esta innovación en su catedral. Cierta dia, como para ganar de la mano al Pontífice, anunció que daría un jubileo á su diócesis: cuya idea pareció tan estraña aun á sus mismos colegas,

(1) Compend. hist. sobre la Iglas. const., pag. 104-107.

que no se atrevió á realizarla. En Pas-de-Calais, cuya sede estaba vacante por casamiento de Porion, Mateo Asselim, párroco del Santo Sepulcro en Saint Omer, se hizo nombrar presidente del presbiterio, y luego obispo, siendo consagrado durante el concilio en 1.º de octubre de 1797.

Este concilio de que ya se había tratado en 1796, se abrió el 13 de agosto del año siguiente, asistiendo veinte y ocho obispos elegidos según las fórmulas prescritas por la Constitución civil del clero, y diez procuradores de los obispos ausentes. Uno de los procuradores era Andrein, vicario episcopal de Morbihan, que había dado su voto por la muerte de Luis XVI. Los demás diputados de segundo orden llegaban al número de cincuenta y ocho. Le Goz fué electo presidente, Royer promotor, y seis clérigos secretarios. Desde las primeras sesiones se discutieron los derechos de los dos órdenes, y se convino en que provisionalmente tendrían los simples clérigos las mismas prerrogativas que los obispos en las deliberaciones: esto es una prueba evidente de que no se quería malquistarse con el segundo orden, en unos momentos en que por nuevas retractaciones se iba diariamente disminuyendo el número del clero constitucional.

El 8 de setiembre, todos los individuos del concilio prestaron el nuevo juramento de odio á la monarquía, y posteriormente la asamblea adoptó para justificar este juramento una instrucción que había sido compuesta por Primat, obispo del Norte. Dirigieron á los disidentes una invitación para que asistieran al concilio; y en 24 de setiembre convinieron en un plan de pacificación con el clero católico, en el cual cometieron la estraña contradicción de declarar que no podía tratarse ni con los prelados que habían salido de Francia, ni con los que habiendo permanecido en ella no hubiesen prestado los juramentos que se les exigían. En vista de esto, ¿no deberá considerarse como una burla el ofrecimiento que ha-

cia el clero constitucional de ceder el puesto al obispo antiguo, en las sedes en que aún lo hubiera? El concilio dió un decreto invitando á los obispos de los países reunidos, y particularmente á los de Bélgica, á que se unieran á la Iglesia constitucional. En 5 de noviembre se erigieron once obispados para las colonias, sin consultar á los habitantes, ni á los que allí gozaban jurisdicción. Creáronse también obispados en Porentrui y en Niza, á pesar de que aún vivían los obispos de estos dos países. Espidieronse otros muchos decretos acerca de la disciplina, de las escuelas, de las elecciones de obispos y párrocos, y de otras varias materias. El concilio se separó en 12 de noviembre, después de haber escrito á Pio VI. En 1798 se publicaron los cánones y decretos de esta asamblea en un tomo en 48.º

Una *Memoria* de los trabajos de los obispos reunidos fué presentada al conciliábulo por Gregoire, que era el alma de esta asamblea y de todo el partido en razón de su actividad infatigable, de la perseverancia de sus maniobras, de la estension de su correspondencia, y del número de sus escritos. Gregoire habló de la persecucion que habia sufrido; mas no pudo decir en qué ocasion habia tenido la dicha de padecer por el nombre de Jesus (1). Aseguró á sus colegas que habrían sido mártires, si hubiese sido preciso: habló de sus afanes por resucitar la Iglesia constitucional: se quejó de los sacerdotes no juramentados que habian hecho retroceder la nacion hácia la edad media, y supuso con tanto decoro como verdad, que acaso se necesitaria medio siglo para atraer al buen sentido á millones de almas extraviadas por aquella multitud de supuestos vicarios apostólicos que, mediante una bula falsa ó verdadera, se consideraban como seres importantes (2). Habló enérgicamente contra los

(1) *Mem. para la Hist. Ecles. del siglo XVIII*, t. 3, p. 315-317.
(2) Pág. 27 del Informe.

que habian retractado el juramento y la constitucion del clero. Tuvo algunos arranques contra la bula *Auctorem fidei*, contra la Inquisicion y contra el poder temporal de los Papas: «¿Cómo han de corregirse los abusos, exclamó (1); mientras el sucesor de Pedro el pobre sea sucesor de la grandeza temporal de los Césares?» Habló largamente acerca de su correspondencia con las iglesias extranjeras, porque hacia algun tiempo que esta era su principal ocupacion: escribia á todas partes solicitando algun apoyo: dirigia al inquisidor general de España una carta, tratando de avergonzarle por sus funciones, sin echar de ver que cerca de su persona tenia, al escribir la carta, inquisidores algo mas peligrosos que los de España: á esta misma nacion remitia escritos contra la Santa Sede y enviaba encíclicas constitucionales desde Trebisonda hasta Quebec. Comunicó al concilio sus esperanzas sobre Alemania, fundadas en que era un país donde habia nueve mil escritores, y que leyéndose y escribiéndose tanto, era consiguiente que la masa de luces no tardase en hacer una explosion (2). Hizo muchos elogios de los artículos de Ems, de la magnífica Instruccion de Colloredo, de los escritos de Trauttmansdorf y otros por el estilo, citándolos como prueba de que el espíritu público marchaba en aquel país hácia un mejoramiento en el orden de las cosas religiosas; en tanto que la indiferencia y la irreligion hacian tan rápidos progresos. Advirtió de paso á los católicos irlandeses, que podían legítimamente reclamar por medio de la fuerza el ejercicio de sus derechos políticos (3), olvidando que en un informe anterior habia insistido al concilio á que dejase entredichos de por vida á todos los eclesiásticos que aconse-

(1) Pág. 58 del Informe.
(2) Pág. 64 *Ibid.*
(3) Pág. 67. *Ibid.*

jasen ó fomentaran la guerra civil (4). Finalmente, Gregoire terminó su informe haciendo esperar á sus colegas el trastorno del mundo político y un sacudimiento general que iba á derrocar á la Inquisicion y al despotismo. Tal es la *Memoria* á que nos referimos mas digna de figurar en el secreto archivo de un club que en las actas de un concilio.

El conciliábulo de 1797, presentado por unos como un fiel traslado del concilio de Nicea, fué altamente despreciado por los demás (2). Acusósele de timidez y de debilidad: se lamentó que no hubiese tomado alguna determinacion en favor del matrimonio de los sacerdotes, y del uso de la lengua vulgar en los oficios divinos. Este asunto fué objeto de largos debates entre los constitucionales. El conciliábulo mandó que se redactara un ritual en francés, no debiendo haber en latin mas que las palabras sacramentales; pero Pousignon, vicario episcopal de Versalles, encargado de este trabajo, lo puso todo en francés, y principió á administrar de este modo los sacramentos. Clement, ayudándole con todo su poder, publicó dos pastorales autorizando el nuevo ritual. El abate Duplan, copiado en nuestros dias por el cismático Chatel, hacia cantar en Gentilly, cerca de Paris, las vísperas en idioma vulgar, y Gregoire asistió á ellas. Efectivamente, Gregoire, Brugieres, Renaud, Duplan, y el redactor de las *Noticias eclesiásticas* en Utrecht, se declararon por el uso de la lengua vulgar en los oficios divinos, al paso que Royer, Le-Coz y Saurine, se pronunciaron en sentido contrario.

Estas divisiones intestinas estaban en aquella época cubiertas por el esplendor de las armas francesas; pero los triunfos militares de la Francia amenazaban á Pio VI, que despo-

jado de Aviñon y del Condado desde el principio de la revolucion, veía su soberanía temporal en Italia tan comprometida como despreciado era su carácter de Gefe de la Iglesia por hombres enemigos de todo poder legítimo.

El odio de estos habia hallado pretexto en un malhadado suceso. Basseville, secretario de la legacion francesa en Nápoles en 1793, habia pasado á Roma como simple particular. No teniendo ningun carácter político, y creyéndose facultado para promover una revolucion, tuvo por conveniente pasearse por el *Corso*, en el centro de Roma, un domingo por la tarde, llevando cuatro banderas tricolores en los cuatro ángulos del coche de alquiler en que iba. Esta especie de provocacion coincidía con el momento de sentenciarse en Paris la causa de Luis XVI. El pueblo silvó primeramente al coche, luego al que iba dentro, y por último un grupo de hombres furiosos, á quienes los guardias no pudieron contener, obligaron á Basseville á apearse, y aunque otros procuraron ocultarle en casa del banquero Esteban Moutte, fué descubierto por los primeros, y herido con una navaja de afeitar, antes que llegara la tropa que venia á socorrerlo: la casa del banquero, donde aquel imprudente se refugió, fué también saqueada. En vano Pio VI mandó publicar un bando condenando á los culpables, y prohibiendo las reuniones: pues no por eso la calumnia dejó de hacer recaer en él la muerte de Basseville.

Después que los horrores de la prision devoraron á Luis XVII, el conde de Provenza dió cuenta al Pontífice de su advenimiento al trono de Francia, por medio de una carta de 26 de junio de 1795. El gobierno pontificio contestó dándole benévolas seguridades, que no han llegado á publicarse. De allí á poco se vió obligado á tomar, aunque indirectamente, una parte activa, al menos por medio de la correspondencia de su ministro, en los descontentos que las invasiones de la república

(1) *Diario del Concilio*, n. 5, p. 34.
(2) *Compendio hist. sobre la Iglesia contit.* pág. cxi-cxii.